

## La inmortalidad dos veces

ALEX MERINO ASPIAZU

Había oído tantas veces que la etapa universitaria es la mejor en la vida de una persona que cuando me llegó la hora dudé si matricularme, pues no quería malgastar ese cartucho mágico tan pronto. Si uno alcanza el Olimpo emocional tan joven, ¿qué se supone que debe depararle el futuro sino una caída libre y una concatenación de decepciones? Mi padre me lo aclaró: “es como comerte una tarta durante unos años y, después, pasar el resto de tu vida masticando un zapato”. ¿Y el matrimonio con mamá, y mi nacimiento y el nacimiento de mis hermanos, en qué lugar nos dejaba aquello? “A la altura del zapato”, zanjó.

Así que probé. Y como sucede a menudo, las expectativas jugaron en contra de la realidad. Porque nadie me había advertido de que en la universidad, de hecho, se estudia. Cuando la gente habla de sus días en la facultad olvidan mencionar ese detalle. En el instituto siempre podía justificar mis fracasos alegando que la trigonometría era algo que no me interesaba lo más mínimo y no iba a tener la menor trascendencia en mi vida, pero en la universidad que uno elige, en la carrera por la que uno opta,

en las asignaturas que uno libremente decide cursar, la excusa se esfuma: tú te lo has buscado, atente a las consecuencias.

Hubo fiestas, claro. Bebí como un demonio pero también vomité como uno. Conocí a chicas, pero casi todas me rompieron el corazón. Compartí habitación con chicos que carecían del conocimiento básico de lo que es la higiene. Pasé tardes enteras jugando a las cartas en la cafetería de la facultad y se me daba tan mal que al final siempre me tocaba pagar las rondas. Demasiadas rondas hacen que vomites como un demonio y conozcas chicas que con razón van a romperte el corazón y vuelvas a tu habitación dando tumbos sólo para comprobar que tu compañero ha vuelto antes que tú y ha decidido construir una bonita pirámide de ropa sucia sobre tu cama.

Pero todo puede cambiar en un instante. Un profesor pronuncia una frase que atesorarás por el resto de tu vida, la chica de la segunda fila te sonríe antes de pedirte unos apuntes, una presentación delante de toda la clase desemboca en una ronda de aplausos. Entonces es como si las estrellas se alinearan y todo cobra sentido. Llamas a tus padres y les dices: lo he conseguido. “¿Qué es lo que has conseguido?”, te preguntan. Y tú les dices: una frase, una sonrisa, unos aplausos.

Y es en ese momento cuando el camino se ilumina y te sientes inmortal. Porque eso es precisamente lo que otorga la universidad: conocimiento, amistad y superación, todos ellos aspectos que trascienden a la vida. Si, encima, te enamoras, eres doblemente inmortal. Porque uno es inmortal hasta que lo matan, pero el amor puede resucitar a un muerto.

Y yo me enamoré a lo grande. Como en esas películas de Bollywood donde la pareja protagonista

celebra su amor entre saris y lentejuelas y cantan a dúo como si hubieran estado ensayando durante semanas y todos los que les rodean resultan ser unos bailarines de primera que se saben la coreografía a las mil maravillas. Así me enamoré. Que la chispa saltase en clase de Motores de Combustión Interna no le restaba el menor ápice de romanticismo. Diríase que muy al contrario.

Como sucede a menudo en estos casos, Bollywood pronto adquirió la calentura de un Bertolucci y la disparatada alegría de una comedia de enredos, pero al final acabó en el insoportable blanco y negro de la *nouvelle vague*. El amor duró lo que dura un suspiro, y ese suspiro duró lo que tardó ella en encontrar a otro. ¿Y qué iba a hacer sino encogerme de hombros? Mi corazón no era el primero que se rompía ni mis ojos los primeros en llorar. ¿No era eso lo que cantaba Olivia Newton John en *Grease*? Era su película favorita y, aunque nunca lo diré en alto, ahora también la mía.

Lo que la universidad otorga, la universidad te lo arrebató. El primer amor vino y se fue, pero aún quedaban otras cosas: corazones por romper, partidas de cartas por ganar, compañeros de habitación que habían descubierto los provechosos beneficios de la limpieza. La vida siguió adelante y yo aprendí la lección más valiosa de todas: que lo único que puedes dar por sentado en este mundo es que todo es frágil. Incluso el amor, que te hace doblemente inmortal pero cuando te mata, te mata dos veces.

Hoy he terminado mi último examen y no quiero lanzar el birrete al aire antes de tiempo pero creo que lo he bordado. Era una asignatura de segundo año que había ido aplazando hasta el día de hoy porque no me traía los mejores recuerdos: Motores de Combustión Interna. Pero uno se da cuenta de que

tarde o temprano debe enfrentarse a aquello que lo aterroriza, que no se puede progresar en el camino si hay algo que lo obstruye. Se lo he dicho a mi padre: “Hoy he vencido a mis demonios, ya puedo seguir adelante y pasar a la siguiente fase”. Él se ha mostrado orgulloso y me ha preguntado: “¿Cuál es la siguiente fase?”.

La siguiente fase, papá, es ser inmortal hasta el día en que me muera, masticar el zapato hasta reventar las costuras y, cuando haya acabado con él, pedirle otro par a la vida.